

**EL ROL DEL DOCENTE EN LA EDUCACIÓN INCLUSIVA: DESAFÍOS,
TRANSFORMACIONES Y PERSPECTIVAS PEDAGÓGICAS**

LAURA V. CABALLERO C.

Universidad Nacional de Asunción

Facultad de Filosofía

lauracaballero309@gmail.com

Paraguay

Resumen

La educación inclusiva se ha consolidado como un paradigma fundamental en los sistemas educativos contemporáneos, orientado a garantizar el derecho a la educación de todos los estudiantes en condiciones de equidad. En este contexto, el docente adquiere un papel central como agente de cambio, responsable de implementar prácticas pedagógicas que respondan a la diversidad del alumnado. El presente artículo analiza el rol del docente en la educación inclusiva desde una perspectiva teórica, incorporando aportes de autores relevantes y reflexionando sobre los desafíos, las competencias necesarias y las transformaciones que implica este enfoque. Se concluye que el docente inclusivo no solo transmite conocimientos, sino que media, acompaña y construye entornos de aprendizaje accesibles y participativos.

Palabras clave: educación inclusiva, rol docente, diversidad, prácticas pedagógicas, equidad educativa.

THE ROLE OF THE TEACHER IN INCLUSIVE EDUCATION: CHALLENGES, TRANSFORMATIONS, AND PEDAGOGICAL PERSPECTIVES

ABSTRACT

Inclusive education has consolidated as a fundamental paradigm in contemporary educational systems, aimed at guaranteeing the right to education for all students under conditions of equity. In this context, the teacher acquires a central role as an agent of change, responsible for implementing pedagogical practices that respond to the diversity of students. This article analyzes the role of the teacher in inclusive education from a theoretical perspective, incorporating contributions from relevant authors and reflecting on the challenges, the necessary competencies, and the transformations that this approach entails. It is concluded that the inclusive teacher not only transmits knowledge but also mediates, supports, and builds accessible and participatory learning environments.

Keywords: inclusive education, teacher role, diversity, pedagogical practices, educational equity.

Introducción

En el contexto de las transformaciones educativas contemporáneas, la educación inclusiva se ha consolidado como un paradigma orientador de los sistemas educativos, en estrecha vinculación con los principios de equidad, justicia social y derechos humanos. Este enfoque propone garantizar no solo el acceso a la educación, sino también la participación activa y el aprendizaje significativo de todos los estudiantes, independientemente de sus condiciones personales, sociales o culturales (UNESCO, 2017). En este marco, la inclusión deja de ser una política compensatoria dirigida a grupos específicos para convertirse en un principio transversal que redefine la organización de la enseñanza.

Históricamente, la escuela ha operado bajo modelos pedagógicos centrados en la homogeneización del alumnado, sustentados en la idea de un estudiante promedio que responde a determinados ritmos, capacidades y formas de aprendizaje. Este modelo ha generado, de manera explícita o implícita, procesos de exclusión que afectan a aquellos estudiantes que no se ajustan a dichos parámetros. Frente a esta realidad, la educación inclusiva plantea un cambio paradigmático, desplazando el foco desde las supuestas limitaciones individuales hacia las barreras presentes en el entorno educativo (Booth & Ainscow, 2011).

En este proceso de transformación, el docente ocupa un lugar central. Lejos de ser un mero transmisor de contenidos, el docente inclusivo se configura como un mediador del aprendizaje, un diseñador de experiencias educativas y un agente de cambio capaz de generar condiciones que favorezcan la participación de todos los estudiantes. Como señala Ainscow (2005), la inclusión se concreta en la práctica cotidiana del aula, donde el docente toma decisiones que pueden ampliar o restringir las oportunidades de aprendizaje.

Desde una perspectiva teórica, el rol del docente en la educación inclusiva se vincula con enfoques pedagógicos que destacan la importancia de la mediación, la interacción y la construcción social del conocimiento. En este sentido, el aporte de Vygotsky (1978) resulta fundamental al situar el aprendizaje como un proceso social en el que el docente cumple una función mediadora. Asimismo, autores como Zabalza (2009) destacan que la docencia en contextos de diversidad requiere el desarrollo de competencias que trascienden la enseñanza disciplinar, incorporando dimensiones pedagógicas, sociales y éticas.

No obstante, el ejercicio de este rol no está exento de tensiones. La implementación de prácticas inclusivas se enfrenta a desafíos vinculados con la formación docente, la disponibilidad de recursos, la rigidez curricular y las condiciones institucionales. En muchos casos, los docentes deben responder a demandas inclusivas en contextos que no

siempre brindan el apoyo necesario, lo que pone en evidencia la necesidad de abordar la inclusión desde una perspectiva sistémica.

En el contexto latinoamericano, y particularmente en países como Paraguay, estas tensiones se intensifican debido a desigualdades estructurales que afectan el acceso a recursos educativos, la formación docente y la infraestructura escolar. Sin embargo, también se abren oportunidades para repensar la educación desde una perspectiva más democrática, en la que el docente desempeña un papel clave en la construcción de prácticas pedagógicas inclusivas.

En este escenario, resulta pertinente reflexionar sobre el rol del docente en la educación inclusiva, no solo en términos de funciones y competencias, sino también en relación con las condiciones que hacen posible su ejercicio. En este sentido, el presente artículo tiene como objetivo analizar el papel del docente como agente fundamental en la implementación de la educación inclusiva, articulando aportes teóricos y reflexionando sobre los desafíos y oportunidades que implica este enfoque en la práctica educativa.

Marco teórico

El análisis del rol del docente en la educación inclusiva requiere situarse en un entramado teórico complejo que articule el enfoque de derechos humanos, la pedagogía crítica, la teoría sociocultural del aprendizaje y los aportes contemporáneos de la didáctica inclusiva. Desde esta perspectiva, el docente no puede ser concebido únicamente como un ejecutor de políticas educativas, sino como un actor clave en la construcción de prácticas pedagógicas que promuevan la equidad y la participación.

La educación inclusiva como paradigma de transformación educativa

La educación inclusiva se ha consolidado como un paradigma que cuestiona las bases tradicionales del sistema educativo, proponiendo una transformación orientada a garantizar el derecho a la educación de todos los estudiantes. Este enfoque encuentra su fundamento en la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad (Organización de las Naciones Unidas [ONU], 2006), que establece la obligación de los Estados de asegurar sistemas educativos inclusivos en todos los niveles.

Desde una perspectiva pedagógica, Ainscow (2005) define la inclusión como un proceso orientado a aumentar la participación de todos los estudiantes y reducir las barreras que limitan su aprendizaje. Booth y Ainscow (2011) amplían esta definición al señalar que la inclusión implica transformar las culturas, las políticas y las prácticas educativas, lo que supone un cambio profundo en la manera de concebir la enseñanza.

Echeita (2013) sostiene que la educación inclusiva constituye un desafío ético y político, en tanto interpela las formas en que la escuela produce y reproduce desigualdades. En la misma línea, Slee (2011) plantea que la inclusión no puede limitarse a la incorporación de estudiantes en el sistema, sino que requiere cuestionar las estructuras que generan exclusión.

En este marco, el docente se posiciona como un actor central en la implementación de este paradigma, ya que es en la práctica cotidiana donde se concretan —o se limitan— las posibilidades de inclusión.

El docente como mediador en la teoría sociocultural del aprendizaje

El enfoque sociocultural del aprendizaje, desarrollado por Vygotsky (1978), ofrece una base teórica fundamental para comprender el rol del docente en la educación inclusiva. Desde esta perspectiva, el aprendizaje es un proceso social que se produce a través de la interacción con otros, en el que el docente cumple una función mediadora.

El concepto de zona de desarrollo próximo (ZDP) resulta especialmente relevante, ya que permite entender que el aprendizaje no depende únicamente de las capacidades actuales del estudiante, sino de las posibilidades que se abren mediante la mediación pedagógica. En este sentido, el docente inclusivo debe ser capaz de identificar las potencialidades del estudiante y generar condiciones que favorezcan su desarrollo.

Este enfoque implica un cambio en la concepción del docente, quien deja de ser un transmisor de conocimientos para convertirse en un facilitador del aprendizaje. La mediación pedagógica, en este contexto, supone adaptar las estrategias de enseñanza a las características del alumnado, promoviendo la participación activa y el aprendizaje significativo.

Competencias docentes para la inclusión

El desarrollo de prácticas inclusivas exige la adquisición de competencias específicas por parte del docente. Zabalza (2009) señala que la docencia en contextos de diversidad requiere habilidades que trascienden el dominio disciplinar, incluyendo la capacidad de diseñar estrategias pedagógicas flexibles, gestionar la heterogeneidad del aula y promover la participación de todos los estudiantes.

Perrenoud (2004) destaca la importancia de competencias como la gestión de la diversidad, la adaptación de la enseñanza y la evaluación formativa. Estas competencias permiten al docente responder a las necesidades del alumnado y generar entornos de aprendizaje inclusivos.

Asimismo, el docente inclusivo debe desarrollar competencias socioemocionales, tales como la empatía, la escucha activa y la capacidad de establecer relaciones pedagógicas

significativas. Estas habilidades son fundamentales para construir un clima de aula que favorezca la participación y el aprendizaje.

Barreras para el aprendizaje y el rol docente

El concepto de “barreras para el aprendizaje y la participación” (Booth & Ainscow, 2011) permite comprender el rol del docente en la identificación y eliminación de obstáculos que limitan el aprendizaje. Estas barreras pueden estar presentes en las metodologías, los materiales, la evaluación o las actitudes.

Desde esta perspectiva, el docente inclusivo no solo debe adaptarse a las necesidades del estudiante, sino también cuestionar las prácticas pedagógicas que pueden estar generando exclusión. Esto implica una actitud reflexiva y crítica, orientada a la mejora continua.

Echeita y Ainscow (2011) señalan que la eliminación de barreras constituye una responsabilidad compartida entre docentes e instituciones, lo que refuerza la necesidad de un enfoque sistémico.

Diseño Universal para el Aprendizaje (DUA) y rol docente

El Diseño Universal para el Aprendizaje (DUA) se presenta como un marco clave para la acción docente en contextos inclusivos. Desarrollado por CAST (2018), este enfoque propone diseñar experiencias de aprendizaje accesibles desde el inicio, anticipando la diversidad del alumnado.

El docente, en este marco, asume un rol de diseñador pedagógico, capaz de ofrecer múltiples formas de representación, expresión e implicación. Meyer, Rose y Gordon (2014) destacan que el DUA permite transformar la enseñanza, haciéndola más flexible y accesible.

Este enfoque refuerza la idea de que la inclusión no consiste en adaptar posteriormente la enseñanza, sino en planificarla desde la diversidad.

Dimensión ética y política del rol docente

El rol del docente en la educación inclusiva no puede entenderse únicamente en términos técnicos, sino también éticos y políticos. Freire (1997) plantea que la educación es un acto político, en el que el docente tiene la responsabilidad de contribuir a la construcción de una sociedad más justa.

Desde esta perspectiva, la inclusión implica una toma de posición frente a las desigualdades, en la que el docente actúa como agente de transformación social. Esto supone cuestionar las prácticas excluyentes y promover una educación basada en el respeto y la equidad.

Skliar (2008) refuerza esta idea al señalar que la inclusión implica una ética de la alteridad, en la que el otro es reconocido como sujeto de derecho. En este sentido, el docente inclusivo no solo enseña, sino que construye relaciones pedagógicas basadas en el reconocimiento de la diversidad.

El docente en contextos latinoamericanos

En América Latina, el rol del docente en la educación inclusiva adquiere características particulares debido a las condiciones estructurales de desigualdad. Como señala Tedesco (2010), los sistemas educativos de la región enfrentan desafíos vinculados con la pobreza, la desigualdad y la exclusión social.

En este contexto, el docente no solo debe atender la diversidad en el aula, sino también responder a condiciones que exceden el ámbito educativo. Esto refuerza la necesidad de políticas educativas que acompañen su labor, proporcionando formación, recursos y apoyo institucional.

Discusión

El análisis del rol del docente en la educación inclusiva permite situar la discusión en un campo complejo, atravesado por tensiones entre los marcos normativos, los desarrollos teóricos y las condiciones reales de la práctica educativa. Si bien la inclusión ha sido ampliamente reconocida como un principio orientador de los sistemas educativos contemporáneos, su implementación efectiva continúa enfrentando obstáculos que evidencian la persistencia de modelos pedagógicos tradicionales y estructuras institucionales poco flexibles.

Entre el discurso inclusivo y la práctica pedagógica

Uno de los ejes centrales de la discusión radica en la brecha existente entre el discurso inclusivo y su concreción en las prácticas de aula. A pesar de la incorporación de la inclusión en políticas educativas y marcos legales, su traducción en experiencias educativas significativas sigue siendo desigual. Como señalan Booth y Ainscow (2011), la inclusión corre el riesgo de convertirse en un principio declarativo si no se materializa en cambios concretos en las prácticas pedagógicas.

Echeita (2013) advierte que la inclusión educativa no puede reducirse a la mera presencia física de los estudiantes en el aula, sino que debe garantizar su participación activa y su aprendizaje efectivo. Esta distinción resulta fundamental, ya que pone en evidencia que la inclusión no es un estado alcanzado, sino un proceso en construcción que requiere una revisión constante de las prácticas docentes.

En este sentido, el docente se enfrenta al desafío de traducir principios abstractos en acciones concretas, lo que implica una toma de decisiones pedagógicas permanente en contextos de diversidad.

El docente como agente de cambio en contextos restrictivos

La literatura coincide en señalar al docente como un actor clave en la implementación de la educación inclusiva. Sin embargo, esta centralidad también plantea una tensión: se espera que el docente sea un agente de cambio en contextos que muchas veces no brindan las condiciones necesarias para ello.

Zabalza (2009) señala que la práctica docente se encuentra condicionada por múltiples factores, como la carga laboral, la organización institucional y la disponibilidad de recursos. En este contexto, la implementación de estrategias inclusivas puede verse limitada, lo que genera una tensión entre las demandas del sistema y las posibilidades reales de acción.

Esta situación invita a problematizar la tendencia a individualizar la responsabilidad de la inclusión en el docente, invisibilizando las dimensiones estructurales del problema. Como plantea Slee (2011), la inclusión no puede depender únicamente de la buena voluntad del profesorado, sino que requiere transformaciones en el sistema educativo en su conjunto.

La redefinición del rol docente: de transmisor a mediador crítico

La educación inclusiva implica una redefinición profunda del rol docente. Desde una perspectiva tradicional, el docente ha sido concebido como un transmisor de conocimientos, encargado de impartir contenidos de manera uniforme. Sin embargo, en contextos inclusivos, esta concepción resulta insuficiente.

El docente inclusivo se configura como un mediador del aprendizaje, capaz de diseñar experiencias educativas que respondan a la diversidad del alumnado. Este rol implica no solo adaptar estrategias pedagógicas, sino también reflexionar críticamente sobre las prácticas educativas.

Freire (1997) aporta a esta discusión al plantear que la educación es un acto político, en el que el docente tiene la responsabilidad de promover la emancipación y la justicia social. Desde esta perspectiva, el docente inclusivo no solo enseña, sino que contribuye a transformar las condiciones de desigualdad.

Formación docente y desarrollo profesional

Uno de los desafíos más relevantes en la implementación de la educación inclusiva es la formación docente. Diversos estudios han evidenciado que muchos docentes no cuentan con la preparación necesaria para trabajar en contextos de diversidad, lo que limita su capacidad para implementar prácticas inclusivas.

Perrenoud (2004) destaca la importancia de desarrollar competencias relacionadas con la gestión de la diversidad, la adaptación de la enseñanza y la evaluación formativa. Sin embargo, la formación docente inicial no siempre incorpora estos enfoques de manera sistemática.

En este sentido, la discusión se centra en la necesidad de repensar los procesos de formación docente, incorporando la inclusión como un eje transversal. Asimismo, el desarrollo profesional continuo se presenta como una herramienta clave para fortalecer las competencias docentes.

El aula como espacio de inclusión y exclusión

El aula se configura como el espacio donde se concretan las posibilidades de inclusión. Sin embargo, también puede convertirse en un escenario de exclusión, en la medida en que las prácticas pedagógicas no logren responder a la diversidad.

Las decisiones docentes en relación con la planificación, la metodología y la evaluación tienen un impacto directo en la participación de los estudiantes. Por ejemplo, el uso de metodologías homogéneas puede excluir a aquellos estudiantes que requieren otras formas de acceso al conocimiento.

Desde esta perspectiva, la inclusión no depende únicamente de la presencia de políticas inclusivas, sino de la capacidad del docente para generar condiciones de aprendizaje accesibles y significativas.

Inclusión, equidad y justicia educativa

La discusión sobre el rol del docente en la educación inclusiva se inscribe en el marco más amplio de la justicia educativa. Como señala Dubet (2011), la equidad implica reconocer las diferencias y ofrecer a cada estudiante las condiciones necesarias para aprender.

En este sentido, el docente inclusivo desempeña un papel clave en la construcción de una educación más equitativa, al diseñar estrategias que compensen las desigualdades. No obstante, esta tarea no puede realizarse de manera aislada, sino que requiere el apoyo del sistema educativo.

Hacia una pedagogía inclusiva crítica

Finalmente, el análisis permite plantear la necesidad de avanzar hacia una pedagogía inclusiva crítica, que no se limite a la aplicación de estrategias, sino que promueva una reflexión constante sobre las prácticas educativas.

Slee (2011) sostiene que la inclusión debe ser entendida como un proceso político, en el que se disputan sentidos sobre la educación, la diversidad y la justicia. En este marco, el docente inclusivo se configura como un sujeto crítico, capaz de cuestionar las estructuras que generan exclusión.

En síntesis, el rol del docente en la educación inclusiva se encuentra atravesado por tensiones que reflejan la complejidad de implementar un paradigma transformador en contextos que aún conservan rasgos tradicionales. La inclusión no puede depender únicamente de la acción individual del docente, sino que requiere condiciones estructurales que la hagan posible.

Al mismo tiempo, el docente se posiciona como un actor clave en la construcción de prácticas inclusivas, en la medida en que su acción pedagógica puede ampliar o limitar las oportunidades de aprendizaje. En este sentido, el desafío radica en fortalecer su formación, su desarrollo profesional y las condiciones institucionales que permitan el ejercicio de su rol.

Conclusión

El análisis del rol del docente en la educación inclusiva permite afirmar que nos encontramos ante una redefinición profunda de la función docente, que trasciende los marcos tradicionales de la enseñanza para situarse en el centro de un proceso de transformación educativa orientado a la equidad y la justicia social. En este sentido, el docente inclusivo no puede ser concebido únicamente como un transmisor de contenidos, sino como un mediador del aprendizaje, un diseñador de experiencias educativas y un agente de cambio comprometido con la construcción de entornos pedagógicos accesibles, participativos y democráticos.

Desde el punto de vista teórico, los aportes de Ainscow (2005), Booth y Ainscow (2011), Echeita (2013) y Slee (2011) coinciden en señalar que la inclusión implica un cambio paradigmático que interpela las estructuras, las culturas y las prácticas del sistema educativo. En este marco, el docente adquiere un papel estratégico, en tanto su acción pedagógica incide directamente en la ampliación o restricción de las oportunidades de aprendizaje de los estudiantes. La mediación docente, entendida desde el enfoque sociocultural de Vygotsky (1978), se convierte así en un elemento clave para favorecer el desarrollo de todos los estudiantes, especialmente en contextos de diversidad.

No obstante, el desarrollo del artículo ha puesto de manifiesto que el ejercicio de este rol se encuentra atravesado por múltiples tensiones. La persistencia de modelos

pedagógicos centrados en la homogeneización, la rigidez curricular, la estandarización de los sistemas de evaluación y la falta de formación docente específica constituyen obstáculos significativos para la implementación de prácticas inclusivas. Estas limitaciones evidencian que la inclusión no puede depender exclusivamente de la voluntad individual del docente, sino que requiere condiciones estructurales que la hagan viable.

En este sentido, resulta fundamental comprender que el rol del docente en la educación inclusiva debe ser analizado en relación con el contexto institucional y las políticas educativas. La construcción de prácticas inclusivas exige un enfoque sistémico que articule la formación docente, el liderazgo pedagógico, la disponibilidad de recursos y el acompañamiento institucional. Solo a partir de esta articulación será posible consolidar un modelo educativo que responda a la diversidad del alumnado.

Por otra parte, la educación inclusiva abre un horizonte significativo para la innovación pedagógica. La incorporación de enfoques como el Diseño Universal para el Aprendizaje, la enseñanza diferenciada y las metodologías activas permite transformar la enseñanza, haciéndola más flexible, accesible y significativa. En este proceso, el docente se configura como un profesional reflexivo, capaz de analizar su práctica, identificar barreras y generar estrategias que favorezcan la participación de todos los estudiantes.

Asimismo, el rol del docente en la educación inclusiva adquiere una dimensión ética y política. Tal como plantea Freire (1997), la educación es un acto político, en el que el docente tiene la responsabilidad de contribuir a la construcción de una sociedad más justa. Desde esta perspectiva, la inclusión no es solo una cuestión pedagógica, sino también un compromiso con la equidad, la dignidad y los derechos humanos. El docente inclusivo, en este sentido, no solo enseña contenidos, sino que promueve valores como el respeto, la empatía y la convivencia democrática.

En términos prospectivos, el desafío para los sistemas educativos radica en consolidar un modelo de formación docente que incorpore la inclusión como eje transversal, así como en generar condiciones institucionales que favorezcan el desarrollo de prácticas inclusivas. Esto implica no solo revisar los contenidos de la formación inicial, sino también fortalecer los procesos de desarrollo profesional continuo, promoviendo espacios de reflexión y trabajo colaborativo.

Finalmente, es posible afirmar que el rol del docente en la educación inclusiva constituye uno de los pilares fundamentales para la construcción de una educación más equitativa y de calidad. Su acción pedagógica, en articulación con políticas y estructuras institucionales, tiene el potencial de transformar las experiencias educativas, ampliando las oportunidades de aprendizaje para todos los estudiantes. Avanzar en esta dirección

implica reconocer que la inclusión no es un objetivo alcanzado, sino un proceso continuo de transformación que requiere compromiso, reflexión y acción colectiva.

En definitiva, el docente inclusivo se configura como un sujeto clave en la construcción de una educación que no excluya, sino que reconozca y valore la diversidad como una condición esencial del aprendizaje. Su rol no solo responde a una exigencia pedagógica, sino a un imperativo ético que compromete a la educación con la construcción de sociedades más justas, democráticas e inclusivas.

Referencias

Ainscow, M. (2005). *Developing inclusive education systems*.

Booth, T., & Ainscow, M. (2011). *Index for inclusion*.

Echeita, G. (2013). *Inclusión y exclusión educativa*.

Organización de las Naciones Unidas. (2006). *Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad*.

Slee, R. (2011). *The irregular school*.

UNESCO. (2017). *Guía para asegurar la inclusión y la equidad en la educación*.

Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in society*.

Zabalza, M. A. (2009). *Competencias docentes del profesorado universitario*.